

cuando la levantes, la muerte habrá sellado los labios del profeta.

Tres días estuvimos sentados á sus piés, y este fue el segundo de sus doce relatos.



PRIMERA VISION.

Era la época en que el Soberano Juez iba á soltar muy pronto las oleadas del diluvio, en que todo sér, casi recién creado, excepto el hombre, estaba aún en su perfeccion. La luna, pálida hermana de la tierra, surgia en toda su plenitud y redondez esos anchos troncos, como surge una vela aislada en los límites de los mares, y tocando ya la frente de los cedros sagrados parecia un gran fruto de oro madurado á la caída de la tarde en la rama más alta de esos prodigiosos árboles. Los nitidos entre resplandores de aquel astro manaban, serpeaban de rama en rama en ondas repetidas á la manera que un plateado riachuelo, que se divide al despeñarse, forma sábanas de líquido cristal que centellean y se rompen: luégo, extendiéndose por el suelo como inmensos vellones de blanquísima lana, argentaba los musgos y céspedes en las floridas pendientes.

A los fulgores de la nocturna antorcha divisábanse largas filas de ganados que subian por una cuesta, y á los cuales una tribu de pastores, sorprendidos por la noche, guiaban á lo léjos empujándolos detrás de una oscura loma. Hombres, mujeres y niños se hundian en la sombra: aquella familia humana no era muy numerosa, y merced á la clemencia de un cielo sin ardor ni humedad, no llevaban vestidura alguna que cubriera su airosa desnudez; las mujeres velaban sus for-

mas con su cabellera, con la que habian formado anchas trenzas alrededor de su cintura, y los hombres llevaban rodeadas á sus caderas las pieles de magníficos leopardos, enemigos de los rebaños. La estatura, la robustez y la fuerza de aquellos hombres eran, comparadas con las de la humanidad de nuestros días, lo que la altura de esos árboles gigantescos es comparada con los más añosos robles de vuestras selvas. Sus voces, que se iban alejando, se extinguieron con la distancia, y el silencio y la soledad volvieron á reinar en los bosques.

¡Oh tranquila majestad de los desiertos, de la noche y de los cielos! ¿Quién pudiera cantaros como os están viendo mis ojos? Si despues de vuestra ruina conservais cierto vestigio de la divinidad para la mirada humana, si la noche radiante y sus vagamundos globos le muestran lo infinito bajo esos cielos transparentes, ¿qué sería ántes de aquel día en que el depósito de las ondas precipitó sobre nuestro suelo su inmundada atmósfera? ¿Qué sería cuando, despues de ocultarse el gran astro del día, el firmamento, aproximado á nosotros por las sombras, permitía que la mirada, extraviada por los celestes senderos, contemplase bóvedas tras bóvedas de soles y esa red celestial deslumbradora, cada una de cuyas mallas era un gran astro de brillantísimos destellos? ¿Que sería en fin cuando el fúnebre genio del mal apénas se habia atrevido á atentar contra la armonía del globo; cuando este mundo terrenal era aún aquel en que el órden y la belleza habian brillado con todo su esplendor; cuando todo, al salir del Eden se acordaba todavía de la inmortalidad de su primera aurora, y cuando todas las cosas y todos los lugares del universo, exultantes de juventud, se sentían llenos de Dios? ¡Ah! si no te hubieses apresurado ¡oh muerte! á marchitarlo todo, jamas se hubiera comprendido el nombre de ateo!

Pues bien, hijo mio: en esos días, todos los séres vivien-

tes, así los que nadan en las aguas como los que vuelan por el espacio, y desde el sol al más diminuto insecto y desde el bruto á la planta, estaban todados de alma y voz inteligente; pero el hombre no comprendía ya ese himno entonado por mil voces que se eleva desde el seno de las aguas, de los prados y de los bosques; él únicamente habia perdido su elevada inteligencia, y el insensato creía entónces como hoy que en él tenia principio y fin el alma; como si la liberalidad infinita del Altísimo pusiese límites al pensamiento al prodigar la vida, y como si la vida pudiese tener, oh Padre, más objeto que oírte y hablar contigo! Pero si esas voces de la naturaleza sólo eran para los hombres un vago y estúpido murmullo, los ángeles, diseminados por el éter de la noche, aspiraban su rumor con inpalpable oído por ser más accesible la escala continua que iba del mundo real á su mundo invisible, y como no faltaba en ella ninguno de los escalones del sér, todos los hijos del cielo se comunicaban entre sí, sin que la indecisa frontera de los espíritus y de los cuerpos elevara entre ellos insuperable barrera. El hombre oía al espíritu; el ser inmaterial, habitante del infinito que el hombre llama cielo, unido por simpatía á alguna criatura, podía cambiar á veces de forma y de naturaleza, é introducido en otra esfera á su albedrío, podía también descender un grado para hablar con los mortales. Además, de esos amores, de esas cordialísimas relaciones entre vírgenes y ángeles, nacían á veces naturalezas extrañas, hombres más grandes que el hombre y dioses inferiores á Dios, que venían á ser séres intermedios entre el bruto y el arcángel; mónstruos á quienes su naturaleza adúltera condenaba á echar de ménos el cielo miéntras agitaban la tierra.

Nadie conoce, hijo mio, la maravillosa conexión que habia entre el gran mundo impalpable y ese mundo de los cuerpos; nadie puede recorrer de partícula en partícula todas las generaciones del alma universal, ni enumerar, separar y dar nombres á esas gotas desprendidas del eterno mar. Pero la tierra que hollamos es un testimonio fehaciente de ello; lo

que vemos es la imágen de lo que está oculto para nosotros; un cielo refleja otro cielo, y si el polvo de la vida forma densos torbellinos en nuestros surcos; si en la naturaleza entera no hay un átomo, un glóbulo de aire, un punto de la materia que no patentice á nuestra vista el ser y la vida, lo infinito de la tierra nos revela el de los cielos, la eternidad sin fondo carece de límites áridos y lo que todo lo llena no conoce el vacío!

De cuántos espíritus divinos pueblan los cielos, eran los ángeles los que más nos amaban. Creados el mismo día, hijos del mismo padre, el hombre al nombrarlos puede llamarlos hermanos, pero hermanos más dichosos que él y cuya santa amistad, de todos los sentimientos que nos animan sólo ha tomado la compasión; testigos invisibles de nuestros dramas terrestres, sus ojos fijos en nosotros lloran con nuestras almas; iluminando los senderos de la vida ante nuestros pasos, nos tienden desde el cielo sus manos bienhechoras; ellos engendran esos divinos fenómenos de los que el hombre sólo vislumbra lejanos fulgores, y por ellos es la naturaleza un santo instrumento cuya inmensa armonía resuena á cada instante y cuya clara voz é infinitas maravillas de cordura y de éxtasis recrean sus oídos.

Á esa hora en que van á cesar los mil rumores del día para que se escuche el imperceptible suspiro del crepúsculo, varios de ellos, errantes en esta claridad confusa, habían acudido á cernerse sobre las copas de los cedros. La montaña, como si estuviese dotada de inteligencia, parecía desde su base á su cima un órgano de mil voces, y para discernir estas voces entre tan unánime armonía hubiera sido preciso ser el mismo Dios y poseer su oído infinito. Los ángeles, el silencio y la noche escuchaban aquel coro vegetal, y los cedros cantaban:

CORO DE LOS CEDROS DEL LÍBANO.

¡Santo, tres veces santo el Señor á quien adora la colina!
Le estamos viendo desde aquí tras esos soles; cuando el soplo

balsámico de la noche nos inclina, humillamos nuestras copas bajo su mano como débiles cañas. ¿Y por qué nos humillamos? Porque le dirigimos nuestra plegaria, porque un íntimo instinto de la virtud divina hace que se estremezcan nuestros troncos desde las raíces hasta el ápice, á la manera que el resuello cavernoso de un leon enfurecido, dilatando sus narices y saliendo rugiente de su pecho, hace ondular su poblada melena.

¡Deslizaos, deslizaos, brisas vagabundas; convertid en cuerdas murmuradoras la hoja y la fibra de los bosques! Somos el instrumento sonoro en que á cada momento espira, para nacer de nuevo bajo nuestro tembloroso ramaje, ese nombre adorado por la luna. Venid, tibios hálitos de las noches; decended del cielo, subid desde las llanuras; pasad y volved á pasar mil veces por nuestras ramas, llenas del gran nombre del Señor. Si buscáis quien le enlace y le proclame, dejad el rayo y su llama, dejad el mar y sus olas, y venid á nosotros: ¿por ventura no tenemos un alma? ¿acaso no es una voz cada hoja nuestra?

Bien sabes tú, oh cielo de las noches, á quién hablan nuestras copas; y vosotros oh rocas que sondean nuestros piés hasta los abismos para buscar en ellos sávia y jugos nutritivos; oh soles, cuyos esplendentes rayos absorbemos, y vosotras, oh noches cuyos frescos besos y húmedas perlas aspiran con afán nuestras hojas sedientas, bien sabeis todos si tenemos sentidos! Pero sentidos cual no los posee otro sér creado, que desde aquí se apoderan de toda la naturaleza, que respiran sin labios y contemplan sin ojos, que presienten las estaciones mucho ántes que lleguen; sentidos que palpan el aire y lo descomponen, agentes, misteriosos de una vida inmortal!

¿Y para quién serian sinó los siglos de existencia que contamos? ¿Para quién el alma y la inteligencia? ¿Para el achaparrado arbusto tal vez? ¿Para el insecto y el átomo, ó para el hombre, fantasma fugaz, que se seca á mis piés como una paja, que llama á la tierra su reino y que, sin embargo, desaparece de la luz del día ántes que la hojarasca de mi

copa haya alfombrado la senda de sus pasos? ¡Los siglos, para nosotros, son ayer, y serán mañana!!

¡Oh! ¡Gloria á tí Padre de todas las cosas! Dinos con qué terrible dedo oprimes el más débil de los resortes, para que nuestro frágil fruto, que aplastaría el pié de un hombre, contenga en sí nuestros desmesurados cuerpos; para que de ese cono mezquino, que germina en un poco de arcilla, broten estos erguidos pilares, cuyas ramas gigantescas extienden en torno nublados de sombra y cobijan millares de avecillas. Dinos qué poderosa levadura de vida encierra nuestra sávia, gota de lluvia que bebería el pico de un pájaro, para que sus ondas, siempre hinchidas, se multipliquen en nuestras venas, calmando el sediento ardor de la red que forman; para que ese eterno manantial renueve en todos los arroyos este torrente por nada interrumpido, y para que desde la cúspide á la raíz verdee la inmensa colina que vegeta en un solo tronco.

Decidnos en qué día de los días han nacido nuestras raices, oh rocas que nos servís de base y de sustentó. ¡Innumerables montañas coronadas de nuestras cimas ondulantantes, soles extinguidos del firmamento, estrellas de la noche diseminadas por Dios, hablad, ¿sabeis cuál fué ese momento? Si se abriesen nuestros troncos, más duros que el diamante, se verían centenares y millares de años marcados en el corazón de nuestras fibras venosas, como en las capas de un elemento!

Águilas que pasáis sobre nuestras cabezas, id á decid á los vientos desencadenados que desafiamos sus borrascas con nuestros inmovibles troncos. ¡Qué suban esos tiranos de las ondas; que mújan sus raudas alas para arremeter á nuestros brazos nerviosos! ¡Ah! Sus más vertiginosos embates no harían más que balancear nuestros tallos silbar entre nuestra espesa cabellera.

Hijos de las peñas, engendrados por nosotros mismos, su mano divina nos plantó, y somos la verde diadema con que coronó las cumbres del Eden. Cuando ondulen las aguas del diluvio, nuestros huecos costados serán el refugio de la raza

entera de Adam, y los hijos de Noé labrarán con nuestra madera el arca del Dios nómada de Abraham. Y cuando las tribus cautivas hayan visto las alturas de Hermon, nosotros cubriremos con nuestras vigas el arca inmensa de Salomon; y si andando el tiempo, un Verbo hecho hombre adora y da á su Padre un nombre más santo desde lo alto de una cruz, nuestras ramas, altares de tan gran holocausto, suministrarán la madera necesaria para el instrumento de su suplicio. En memoria de prodigios tales, los hombres acudirán á adorar nuestros vestigios, inclinando la frente, y á aplicar sus labios á nuestros troncos. Los santos, los poetas, los sabios escucharán en nuestras enramadas rumores semejantes á los de las ondas del mar, y guarecidos bajo nuestra sombra profética, formarán sus cánticos más bellos con los susurros de nuestras ramas.

Deslizaos, oh brisas nocturnas, como la mano se desliza de cuerda en cuerda por una arpa vibrante, arrancando á la vez de cada cuerda un alma, de cada alma una voz! Deslizaos, y que vuestros dedos hagan brotar de cada fibra un santo estremecimiento! Que el rumor de vuestras alas al rozar los arcos de nuestras bóvedas, que las resonantes gotas de lágrimas del cielo, que el gorjeo del avecilla en su nido y el balanceo del mar en su lecho, y el agua que filtra, y la yerba que se pliega, y la sávia que cae á manera de lluvia, y la fiera que aulla ó grita; que todos esos ruidos de fuerza y de vida multiplicados por el silencio, y ese susurro del mundo vegetal que palpita á nuestros piés desde el tallo de yerba hasta el metal; que estas voces, en fin, reunidas en nutrido coro en este aire en el que se destaca nuestra sombra temblorosa, se eleven y canten al que las ha hecho y al que las oye, á aquel cuya mirada atiende á sus necesidades: Dios, Dios, Dios, mar sin límites que lo contiene todo en sí, foco del que cada vida es una tenue chispa, piedra de la que cada existencia es una humilde partícula, que viva su vida eterna, inmensa, universal; que viva por siempre renaciendo ántes que la naturaleza y despues que ella; que viva y se renueve, y que cada

suspiro de la hora por él llamada suba hasta él, de quien todo emana!!!

.....

Así cantaba el coro de los árboles, y los ángeles repitían con entusiasmo estas alabanzas; y el unánime concierto de los montes, de los mares, de los fuegos y de los vientos, de cada forma de sér y de átomos vivientes, y de todas las maravillas terrestres, pasaba por los oídos de los cedros para subir hasta el Señor. Y esos millares de voces de todo cuanto ve á Dios, lo comprende ó lo adora ó lo siente en todas partes, circulaban en el silencio formando grandes armonías, sin palabras articuladas, sin lenguas definidas, semejantes á ese sordo y vago gemido que un arrebató de amor arranca del corazón amante, y que en un solo murmullo contiene y expresa más amor del que puede balbucear el hombre en cien palabras!

.....

Cuando se hubo evaporado el himno de las mil voces, los espíritus, llenos del nombre que en él se había adorado, fueron á llevar de esfera en esfera el eco melodioso de aquel cántico terrestre. Uno solo, que contemplaba la escena desde más inferior lugar, les vió partir sin seguirlos. ¿Por qué se quedó oculto en la nube? Porque un objeto, situado al pié de un gran cedro y al abrigo de su follage, le hacía olvidar los cielos pareciendo tener encadenados su pensamiento y sus ojos.

¿Qué era lo que podía extasiar así la vista de un ángel? Una hermosa criatura desnuda que yacía entre las flores al pié del árbol, y que, sorprendida aquella tarde por el sueño, no había visto declinar y ponerse el sol, ni al marcharse las tribus de las montañas había oído el llamamiento de sus

compañeras. Su madre no había contado aún en la frente de la doncella la duodécima primavera desde que dejara de amamantarla; pero en aquella época de vigor en que las sávias, ménos lentas, se apresuraban á hacer llegar á su madurez á los hombres y á las plantas, trece años equivalían para una virgen á diez y ocho primaveras de nuestros días llenas de gracia y de amor.

Cabe un tronco blanco de cedro y en un sitio en que el astro reverberado reflejaba en las yerbas sus haces luminosos, un rayo de la luna iluminaba su hermoso cuerpo; sus piés tocaban el borde de un lago puro y durmiente, y algunos lirios acuáticos, llenos de perfumes nocturnos, encorbaban sobre su cuerpo sus juncos verdes y sus urnas; su brazo derecho, puesto debajo del cuello, le servía de almohada, mientras el siniestro siguiendo el mórbido contorno de su costado, se doblaba despues en torno de su cintura, de modo que su blanca mano de afilados dedos desaparecía casi entre las flores plegadas bajo su leve peso, como si estuviese aun jugueteando en sueños con los tallos inodoros de aquellas plantas. Sus cabellos, entreabiertos por la suave brisa crepuscular, ondulaban sobre sus brazos como un gran velo negro, dejando descubiertos, ó sus alabastrinos hombros, ó su surgente seno, ó los contornos de las caderas y el ovalado perfil de aquella frente de la que no hubiese podido apartar la mirada quien la contemplara, ni aún para dirigirla á los cielos; frente que resplandecía como bruñido marmol entre la negra cabellera echada hácia atrás, y las sedosas líneas de sus finísimas y bien arqueadas cejas. Tenía los ojos cerrados y velados por la sombra de sus largas pestañas, pero el tejido venoso de los parpados aparecía teñido de tintas sonrosadas y transparentes. De entre los arcos de las cejas bajaba en línea recta el perfil de su graciosa nariz, y cual airoso repliegue de purpúrea rosa proyectaban una sombra en sus mejillas las alas de la nariz que, siguiendo el movimiento causado en su seno por la respiración, palpitaban y se elevaban levemente henchidas: sus labios, semejantes á un encendido lirio cuyo cáliz próxi-

mo á abrirse, se replega en forma de voluta, estaban entreabiertos y tras ellos brillaban, como en el corazon de un fruto verde, las blanquisimas pepitas de los dientes: los dos ángulos indecisos en que terminaba por uno y otro lado aquella bocas, desaparecian entre una vaga sonrisa.

Á través de la indolente languidez de aquel sueño virginal se retrataba en el rostra su puro corazon; espejo velado de su sueño, veíase reflejado en él aquella alma que iluminaba y coloraba su frente. Su cuello flexible y redondo se dilataba un tanto al descansar sobre el brazo que parecia abrumado por el peso de la cabeza; y los fugitivos rayos del astro nocturno y las sombras flotantes esfumaban vagas líneas de claro-oscuro en el brillante tornasol de sus mejillas. Sus miembros delicados, de suaves contornos, que ondulaban bajo la piel sin marcar en ella el menor pliegue, llenos, pero de esa carne tierna y blanda propia de la infancia que va entrando poco á poco en la adolescencia, asemejábanse á los tallos del trigo ó del lino cuyo contorno lleno ya redondea la sávia, pero sin que el fecundo estío que debe madurar la espiga haya endurecido aun los dorados nudos de la planta. Su inmovilidad parecia la de la muerte.

La luna acariciaba aquel hermoso cuerpo sin causarle molestia; y á no ser por la respiracion desigual que levantaba y bajaba su seno á intervalos, y por las imágenes que debian pasar al través de su sueño tiñendo su blanca mejilla de vivo carmin, hubiérase creído tener á la vista un fiel trasunto de Eva en el jardín de la inocencia, ó soñar como soñaba el esposo la víspera del día en que conoció el amor.

El ángel, apartando el follaje para contemplarla más á su sabor, la rodeaba en imagen de su amor celestial, bien así como la mirada de los humanos se posa, sin tocarlo, en un objeto al cual no se atreve uno á acercarse.

—¡Daidha, decía, tierna corza de las montañas! ¡Perfume escondido de estos bosques! Tu madre y tus compañeras te llaman buscándote por ellos. ¿Por qué olvido el cielo para velar por tí? Un día y otro día me sucede lo mismo: los án-



Hubiérase creído tener á la vista un fiel trasunto de Eva

geles mis hermanos se internan en el firmamento y recorren las esferas; en vano es que me llamen, porque yo continúo aquí abajo: ¡para mis ojos no hay cielo donde tú no estás! ¿Por qué la ley del Señor, oh hija de la muger, consagró mi alma á la tuya desde el punto en que nació? ¿Por qué me sacó de mi dichosa nada en la hora en que un beso te dió á luz, oh bellísima criatura? ¡Hermana gemela mía, á quien por un bárbaro sino me reúne tanto amor y de quien me separa lo infinito! ¡oh! ¡Cuánto maldigo mi destino inmortal desde que creces ante mis ojos arrobados! ¡Cuántas veces, impulsado por una ternura sin límites, no pudiendo elevarte hasta mí, ardí en deseos de bajar hasta tí, de abdicar este destino para igualarte á mí, y de vivir tu vida, muriendo como tú! ¡Cuántas veces también, hastiado de mi dicha en mi cielo solitario y echando de ménos la tierra, estuvieron á punto de exhalar mis labios de fuego ese grito de amor que resuena en mi alma! ¡Hazme morir también, ¡oh Dios que la hiciste mortal! ¡Ser hombre! ¡Qué destino!... sí, pero ser amado de ella! ¡Pero amar, ser amado, con mútua correspondencia! ¡Ah! ¡El ángel no sabe lo que es amor! ¡Sér único y perfecto que se basta á sí mismo, no conoce, no, la voluptuosidad suprema de buscar en otro algo que no sea él mismo, y de no vivir completamente sino viviendo en otro! ¡No tiene como el hombre en medio de sus penas la compensación de los sinsabores humanos, la santa facultad de crear amando un sér imagen y complemento de sí propio, un sér en que el sér de dos corazones, fundidos por el amor, se multiplica en otro sér parecido á ellos! ¡Oh misteriosa ley del hombre divino, ley en virtud de la cual no encuentra éste su totalidad sino fuera de sí mismo, y que hace que no pueda amar sino consumiendo á otro! ¡Cuán preferible es ese destino sublime al nuestro, á este amor que no tiene en nosotros más que un solo foco, y que arde sempiterno sin multiplicarse en él!

.....
»Jehovah, ¿será una blasfemia este suspiro? Pero ¿acaso amo yo, tan desdichado, tan solo? Mas ¿cómo no amarla, Dios mío?

Por ventura, no tengo siempre los ojos fijos aquí abajo? ¿No me has dado por único espectáculo ese milagro mayor que todos los milagros? ¿no has hecho que presencie cómo se desarrolla y se abre esa alma virginal? ¿no me has permitido que vigile sus pasos, que regocije su corazón, y que dirija con mi soplo sus instintos indecisos, sus primeros pensamientos apenas bosquejados en su alma ingenua, inclinando su corazón como con aliento se inclina una flor? ¿No veo su alma al través de su rostro como contemplo la luna al través de este follaje? Desde el momento en que su madre la dió á luz y la levantó orgullosa con sonrisa bañada en llanto, y estrechándola entre sus brazos contra sus blancos pechos, vió cómo despuntaba la luz de sus ojos en su pupila, ¿ha exhalado esa boca un solo vagido, ha hecho esa alma naciente un movimiento cualquiera, ha dado ese corazón que se ignora á sí mismo un solo latido que mi mirada no haya visto nacer, germinar, desarrollarse, ántes que ese vagido, ese movimiento, esa palpitation hayan agitado su piel, como veo esos fuegos del cielo asomar bajo el agua? ¿No lo he observado todo con el cuidadoso interés de una madre? Primeramente la impresion fugaz efímera de la vida ensayando sus órganos nacentes, vaga y confusa voz de ese concierto de los sentidos; luégo esas sorpresas llenas de íntimas delicias, primicias delicadas del sentimiento naciente; despues esos arranques del corazón que no pueden calmarse sino en el corazón de una madre y con un dulce beso; esas caricias instintivas, hijas de la excesiva ternura del alma, que procuran difundirse por todo cuanto éste ve, y que, sin causa todavía, hacian que asomaran las lágrimas á sus ojos, como penden las gotas de rocío de las hojas de las flores; más adelante, creciendo en inteligencia á medida que la edad hacia que la naturaleza irradiara al corazón, esos éxtasis, esos arrobamientos causados por las maravillas de Dios, esas turbaciones, esa sed de aspirar en su seno al mismo Dios, esa adoración sin saber á quien se ama, esos cánticos interiores que surgen de los sentidos, que la abeja y el niño susurran sin

acentos, misterioso teclado de esa alma infinita, cuya armonía se escucha sin comprender su sentido! Y por último ahora, ¡oh espectáculo harto henchido de amarga voluptuosidad para mis ojos encantados, que oprime mi alma y facina mi vista! presenciar cómo palpita esa alma candorosa y virginal al contacto de un sentimiento nuevo, como palpita el ala de una avecilla al borde de su nido; ver cómo se penetra de un fuego que aún oculta su llama; cómo se ruboriza al pensar y sentir que es ya mujer; cómo exhala en supiros, solitaria y cavilosa, ese instinto que ni aún la calma de la noche puede sosegar; cómo concentra sus ternuras en el foco de un corazón puro, reteniendo las caricias con sus manos, con sus ojos; cómo piensa en qué objeto podrá explayarse ese sentimiento vago, divino presentimiento del amor, procurando darle un nombre, una apariencia, cómo lo crea y lo vuelve á crear cien veces, y cómo derrama lágrimas al volver en sí por ese ideal amante disipado por un sol!

»¡Ah! Esto es demasiado para un hombre y hasta para un ángel! Eso es lo que veo, y aún dudo si amo! ¡Si amo!... Si no amase ¿estaría tan celoso de sus hermanos que sueñan ya con darle el nombre de esposo? Si no amase ¿me cuidaría tanto de infundirle determinados ensueños cuando se halla en ese abandono de los sentidos en que la sume el sueño, haciendo aparecer en ellos una imagen de mi mismo con facciones humanas y adornada por mis manos, un fantasma ideal cuyo brillo la fascina, un hermano rodeado de mi divino esplendor, con objeto de que tan abrasador retrato haga repugnante á sus ojos á todo sér mortal que pudiera forjarle su fantasía? Así es que, gracias á este cuerpo cuya apariencia es la mia, ve los mortales con indiferencia, y su corazón no siente amor sino por ese rostro lleno de atractivos que mi celoso instinto le presenta mientras duerme. ¡Oh! ¡Que ningún otro prevalezca á sus ojos! ¡Ah, Daidha! ¿Por qué no me es dado animar ese fantasma en que bajo falaces formas, me ves todas las noches, infundirle mis amorosos arrebatos

comunicarle una voz para decirte al oído frases tan ardorosas que sean capaces de consumir tu vida?

»Si Dios me permitiera tan sólo arrebatarme sobre mis alas de amor tu hermoso cuerpo mientras duermes, mecerte en el cielo en medio de ese aire diáfano, tener sentidos como los tienen los hijos de la tierra para ver brillar en tus ojos cuando despertases un rayo más vivaz que todos los fulgores del cielo, para tocar esos cabellos cuyas espesas ondas te velan y que sobre tu blanquísimo cuello parecen más negros que la noche sin estrellas; respirar el aliento suspendido de tu labio, ó rodeándote de luz, de tibio calor y de misterio, formarte una atmósfera con mi mirada abrasadora!

»¡Oh si me fuese dable siquiera transfigurar mi sér y rebajarme un momento con tal de hablarte! Pero degenerar de mi raza sería un baldón eterno: Dios tolera que se descienda, pero no que se ascienda de nuevo. Dicese que ciertos ángeles que se abrazaban en el mismo fuego que yo han sufrido las consecuencias de tan inflexible ley, y que atraídos por las hijas de los hombres, jamás pudieron volver á ocupar el elevado puesto en que estamos. Esos seres desterrados de su celeste morada, después de perder para siempre su destino casi divino, condenados á morir y á renacer sin fin, separados de sus hermanos, padeciendo sus miserias sin abrigar sus esperanzas, no pueden recuperar el rango que han perdido, sino después de pasar mil años en este globo habitado y de reconquistar su primitivo esplendor pasando por un interminable círculo de pruebas sucesivas: ángeles transfigurados, necesitan á su vez convertirse de hombres en ángeles!... ¡Oh penosa evolución! ¡Oh destierro humillante en este infierno de lágrimas! Y sin embargo, lo han arrojado por encantos mucho menores; y yo mismo, como si me sintiera impelido por una fuerza fatal, he maldecido cien veces mi patrio cielo! ¡Oh furiosa tempestad de amor y de orgullo, ¿no te aplazarás nunca?... Bellísima cabeza, que duermes sin sospechar mi turbación y mis remordimientos: puesto que sueñas en mí, duerme ¡Oh! duerme, hermosa criatura!...»

Y Daidha dormía, y desde su blanquísimo rostro la luna replegaba ya su luz bajo el follaje, y el ángel, cuyo resplandor se abría paso al través de la oscuridad, veía la tenebrosa noche luciendo con su belleza.

Percibiase entre tanto, en medio de aquel sagrado silencio, como el eco lejano de un paso sordo, y también algunas palabras entrecortadas y pronunciadas á media voz que parecían salir en lontananza de las profundidades de los bosques. Al poco rato, surcaron las sombras ciertas claridades intermitentes reflejadas en los anchos y oscuros troncos y parecían al lívido fulgor de los relámpagos que palpitan en las nubes desgarradas por el rayo.

De pronto apareció un hombre deslizándose bajo la bóveda de los copudos cedros como quien busca algo y aplica el oído, con el cuerpo inclinado, avanzando la cabeza y una pierna; y agitando, como una hacha de viento, el tronco de un pino joven hendido hasta las raíces, cuya llama devoraba la resina en azulados chorros, y cuyo fúnebre resplandor y adormecido fuego se reanimaban con más viveza á cada movimiento. A la intermitente luz, de esta antorcha informe que parecía poco onerosa para aquella mano descomunal, el cuerpo lívido y azulado del hombre de la noche aparecía á la vista con igneos colores. Su cuerpo robusto y varonil sería comparado con el de los hombres actuales, lo que un gran cedro es á un frágil arbusto; los músculos, cuyos carnosos nudos hinchaban su piel, se enlazaban en su cuerpo como en la cerviz de un toro y las plantas gigantescas de sus anchos piés aplastaban con su peso las yerbas y las ramas. Al observar los contornos sólidos de su cuerpo, hubiérase creído que tenía miembros de mármol con huesos de hierro. Llevaba desnudos brazos y piernas; pero el velludo pecho cubierto con un horrible adorno que aterrorizaba la vista: este adorno era la piel de un leopardo cuyo cuello había atravesado con su venablo

para hacerse un manto con ella, y cuya repugnante cabeza causaba espanto sólo al verla: pendía inmensa con sus ardientes ojos, sus ensangrentados labios y el marfil de sus dientes: las garras de la fiera, que parecían rígidas, colocadas á uno y otro lado del cuello sobre los hombros del hombre, flotaban cerca de la boca con sus uñas de oro como si el furor las contrajera todavía. El resto de la piel, que pendía á la ventura, iba sujeto con un cinto á los costados de aquel hombre, llegándole hasta las piernas en atigrados jirones cuyos bordes habían desgarrado los perros. Sus cabellos, echados atrás desde la frente, ondeaban sobre su espalda cual salvaje melena, y su cuello los sacudía lo propio que el león sacude sus crines. Su rostro, alumbrado por los siniestros destellos del pino, llevaba impreso el tipo de la belleza baronil en sus grandes facciones comunes á los primogénitos de la tierra; pero esa mirada humana que comunica á los ojos su belleza, ese rayo mal velado del fuego divino no lo iluminaba con los reflejos de su llama: era una belleza de carne y no de alma, en la que la luz de los sentidos, reflejaba el duro y marcado contraste de sus instintos viles y poderosos, así como una claridad emanada del suelo proyecta en el semblante enérgicas líneas de luz y sombra. En aquel rostro adivinábase sin esfuerzo que la inteligencia muerta dejaba triunfar sin lucha el apetito y la fuerza de las fieras: los contraídos músculos de los labios y los ojos revelaban tan sólo doblez y ferocidad. Era en fin una soberbia y abyecta criatura que había conservado su forma y perdido su naturaleza, tal como muchos hombres de carne y hueso que existen hoy en la tierra y para quienes jamás ha brillado el rayo de la inteligencia divina!

De su espalda pendía un recio arco de asta negra que chocaba con una aljaba de marfil, en la cual llevaba tres flechas metidas en sus tubos de metal; con una mano sostenía la antorcha ya descrita y con la otra una maza enorme. Colgaban de su hombro los pliegues de una pesada red cuyas mallas eran de hierro y que parecía deslizarse de él como una nasa

que se apresta á lanzar un pescador. Marchaba vacilando de claro en claro del bosque, echando ojeadas furtivas adelante y atrás, procurando ahogar el sordo rumor de sus pasos, parándose á veces y hablando en voz muy baja.

—¡Los hombres! decía; ¡Oh raza detestable! No me engañaba, no; aquí veo sus huellas; hace ya nueve largas noches que mis compañeros y yo escudriñamos estas cumbres sin poder dar con ellos; ningun cazador se atrevió jamás á subir hasta este sitio. ¡Qué profesion tan execrable es la de cazador de hombres! Es preferible cien veces acechar á los leones en los desiertos, al mamuth entre les juncos ó al águila en los aires; pero en cambio, ¡qué placer se siente cuando se ha conseguido echar la garra á las hijas y á la madre cogiéndolas en el mismo nido! En cambio también nos pagan en Balbeck mayor precio por un niño que por un león, un tigre ó un elefante. Esos esclavos humanos tienen más inteligencia: sirven mejor para el amor, para el placer y para la venganza, y por otra parte el hombre, en su soberbia se manifiesta más envanecido de hollar, de pisotear á su semejante; y comparando su grandeza con esta esclavitud, goza en secreto enviñeciendo su imagen.»

Mientras así decía, el cazador se iba acercando á Daidha; al rebasar el tronco que la ocultaba, descubrió su presa, y en su alegría dejó levantado el pié que adelantaba para dar un nuevo paso, conociendo de una sola ojeada todo el mérito de la belleza de la jóven. Fluctuando entre el amor y la codicia, inclinóse absorto y mudo sobre aquel rostro juvenil, apartó suavemente con los dedos su cabellera, y poniéndose á contemplar los atractivos de aquella frente despejada, examinó sus facciones con infernal sonrisa; luégo, dando una palmada en señal de triunfo, volvió la cabeza hácia donde estaba su séquito invisible, y al punto acudieron al oír aquella señal seis cazadores como él hasta llegar á donde yacía la doncella.

De pié todos ellos y formando en su derredor un círculo salvaje, avanzaban la cabeza para ver mejor su rostro, mientras el primer cazador, puesta una mano en tierra y adelan-

tando el cuerpo, les designaba, al resplandor de la antorcha sacudida por el viento, con ademán y mirada feroces, las maravillas de amor de aquellos precoces encantos.

—¡Chit! ¡No la despertéis! Mirad esas ondas que velan un perfil delicadísimo, esa frente en que se adivina tanta calma al través de tanto amor, esas negras cejas que orlan su blanca piel; esas floridas mejillas en que apenas osaría posarse el casto beso de una madre, y esos labios entreabiertos por un hálito suave, á través de los cuales se pueden contar los dientes que apenas sobresalen de ellos, y que en esa boca semejan las gotas de blanca leche que deja el pecho materno en los labios de una criatura! Y esa garganta mas aterciopelada que el largo cuello del cisne, y el armonioso contorno de ese torso infantil, parecido á las imperceptibles ondulaciones de un riachuelo ántes de soplar la brisa matutina. Y esos mórvidos brazos, y ese corazón levantado por el fantástico amor que no se acerca á ella sino en sueños y esos piecitos blancos de torneados dedos, pulidos y modelados para volar y triscar, como dos redondas guijas acarreadas por las corrientes, y que cabrían aún en la mano de su madre. ¡Oh! Cuando haya trascurrido una primavera y un estío y esos retoños de belleza tengan así tiempo de llegar á su completo desarrollo; cuando el rayo del amor, de que sólo se alimenta la muger, haya avivado su llama al través de esas negrísimas pestañas, en vano buscarán un defecto los hijos de Baal en ese rostro encantador! ¡Qué de sangre y lágrimas se han de darramar por disputarse su posesión! ¡Y cuántos teseros me proporcionarán esos mismos encantos! Ni con cien esclavos se me pagaría, oh amigos, ese dulce filtro animado que duerme á mis piés!

Al oír esta codiciosa esperanza de tan enorme provecho, sus envidiosos compañeros prorumpieron en un murmullo confuso de envidia y de ira.

—Esa jóven nos pertenece tanto como á tí, Nemfid. ¿Crees por ventura que hemos andado sin parar por espacio de tres

lunas para que te enriquezcas tú solo con nuestro feliz hallazgo?

—¡Malvados! exclamó Nemfid levantando el brazo: ¿os figuráis que he de haceros partícipes de lo que yo solo he encontrado?

Su imprecación espiró en sus labios. De una sola y feroz ojeada pusiéronse de acuerdo sus compañeros, y ántes que el soberbio gigante se enderezase del todo, cayeron á la vez sobre su cabeza seis mazas que de un solo golpe le deshicieron el cráneo y sus propósitos. El gigante cayó sin movimiento, no mediando más que un gemido entre la explosión de su ira y su muerte; y al caer retendió el suelo hasta en sus raíces.

A los fulgores de la antorcha y el estrépito de la lucha despertaron á Daidha; de su alma surgió un grito de espanto engendrado por el horror, y así como una serpiente dormida se yergue de un solo esfuerzo muscular al sentir el pié que la oprime, así también la jóven se levantó de un brusco salto sin apoyar las manos en el suelo, y rompiendo el círculo que en torno suyo formaban los cazadores, deslizóse como una brisa entre sus dedos; pero uno de ellos lanzóse al punto en su seguimiento, desplegó la red que de su brazo pendía, y sin dejar de correr la arrojo sobre su presa; la red se extendió totalmente al surcar los aires, y la sofocante nube de sus mallas de hierro rodeó á la doncella encerrándola en una especie de móvil cárcel: entónces la hórrida banda se detuvo á algunos pasos de ella, contemplando con la mirada clavada en su cuerpo, cómo Diadha se consumía en impotentes esfuerzos.

En vano levantaba la doncella los brazos para librarse de aquella red cuyo tejido parecía caer á chorros sobre ella; el férreo velo contra el cual se destrozaba los dedos gravitaba con todo su peso sobre su agobiada frente, mezclándose y adhiriéndose entre sus largos cabellos á su cuello inclinado y á sus hombros que bajo la red se plegaban, y á la manera de un lienzo mojado en las espumosas olas, iba siguiendo los mo-

vimientos de su cuerpo y torturándolo; el sudor y la sangre salpican su lacerada piel; llama á su madre, llora, grita, se golpea la frente, pero las mallas de hierro ahogan sus gritos y parecen sofocarla. Luego trata de roer con sus dientes de leche el ensangrentado nudo de las mallas, pero en vano es que estas chorreen sangre. Para desprenderse de ellas, hace un esfuerzo más enérgico que nunca, endereza todo el cuerpo, lo encoge, se revuelve, y tomando impulso da un salto que deja admirados á los cazadores, pretendiendo librarse de un golpe de la camisa de acero que le encorva el cuello, pero cuanto más salta, mas se pliega la red; su paso vacila, bajo los resbaladizos nudos de esta, y cediendo al peso aumentado de sus múltiples mallas, cae rodando á los piés de sus enemigos.

Al ver aquellos esfuerzos cuyo horror hubiera arrancado lágrimas á los ángeles, al contemplar aquel hermoso cuerpo ataraceado entre sus horribles ligaduras, prorrumpieron los cazadores en unánimes carcajadas cuyos sostenidos ecos repercutieron en las profundidades del bosque, añadiendo al suplicio el amargo sarcasmo.

—Hermosa niña, decía uno, ¿porqué no sigues llamando á tu madre? Haz que acuda á tu voz para que vea cómo juegas y ate de nuevo esos nudos de flores si llegan á romperse!

Otro exclamaba en son de burla:

—¡Pobre criatura! ¡Cómo se ruboriza! ¡Cómo palpita su corazón! Despréndete, si puedes de los brazos de ese amante, rompe esos nudos de hierro y respira un momento!

Y otro, designando con el dedo aquel hermoso rostro que yacia ensangrentado á sus piés, decía:

—¡Lástima es por cierto que manches de polvo y de lágrimas esa linda cara que muy en breve sembrarán de flores! ¿Porqué lastimar así esos sedosos hombros, y esa piel infantil que el hierro marca y desgarrá, y ese seno virginal, y esos piés delicados cuya huella no faltarán labios que besen muy pronto? Da tregua, encantadora doncella, á esos furros y á esas lágrimas. ¿Ignoras acaso que cada esfuerzo nos priva de

alguno de tus encantos, que cada señal de tus magullados miembros rebaja gran parte del precio que pensamos sacar de tí?

Y recorriendo con la vista las cárdenas contusiones y las gotas de sangre que brotaban de sus heridas, movido de avaricia y no de piedad, lamentaba el estado de aquella masa viviente que removía con el pié.

Entre tanto Daidha, rendida de tanto luchar y cada vez más enlazada en la angosta red, hacia infructuosamente los más dolorosos y desesperados esfuerzos para desprenderse de ella, al oír tan horribles sarcasmos. La angustia que la oprimía se echaba de ver en los frecuentes estremecimientos de sus miembros, que palpitaban bajo el peso que los laceraba, hasta que la red, indicando la progresiva postracion de sus fuerzas, quedó aplanada é inmóvil.

No de otra suerte se ve en las orillas intranquilas del azulado lago Meótides una codiciosa banda de afanosos pescadores atrayendo á la arena un hermoso cisne cautivo en la flotante red que han lanzado desde su esquife: la voluptuosa ave, tendida en la playa, destroza su plumaje en las espesas mallas, viendo brillar entre ellas su mar predilecto y el anchuroso y libre espacio; entónces pugna por extender sus alas en toda su amplitud para reunirse con las bandadas de sus hermanos de nido, da bruscas sacudidas con los piés, con el cuello, con el pico y los costados, en la elástica prision y en sus nudos resbaladizos hasta que cediendo á la presión que la abruma, mancha su cuello de sangre y su plumaje de arena.